

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . 6 Ps.

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 8 DE MARZO DE 1900

Núm. 485



Retozando

JÓVENES Y VIEJOS

PARA BONAFOUX

No tiene usted razón, Bonafoux, al afirmar que todo se puede decir y se debe decir cuando se trata de hombres como Ruiz Zorrilla y Betances, porque al literato como usted pretende ser, pues aunque diga que no es más que periodista, cabe dentro del orden de los periodistas-literatos; al literato como usted, debémosle exigir los que leemos, que escriba siempre en forma literaria, artística, puesto que debe tener talento para ello, y si no lo hace así, una vez, dos, varias veces, demostrará... ¿sabe usted lo que demostrará, querido Bonafoux?... demostrará impotencia para luchar por sus propias fuerzas, equivaldrá esto á una tácita declaración de vencimiento, de esterilidad intelectual, de cansancio, de agotamiento acaso.

Ya sé que usted no necesita recurrir á esos procedimientos cínicos, podríamos decir, de degeneración literaria, de verdadera degeneración á que recurren algunos, muchos des-

graciadamente, incapacitados para la lucha en otra forma y que pretenden ocultar su falta de inteligencia bajo la *bandera* del modernismo, nó; usted ha demostrado tener talento en muchas ocasiones y tengo la absoluta convicción de que lo demostrará en muchas más aún, pero me permito hacerle esta observación, porque creo sinceramente que se ha equivocado de modo lamentable al afirmar lo que digo al principio.

Vamos á ver: ¿cree usted que tiene talento esa pléyade (y mejor, *plaga*) de jóvenes que á sí mismos se llaman *intelectuales* y que abominan de los escritores *viejos* y reconocidos por todo el mundo, porque no les dejan el sitio que ocupan en literatura?

Yo creo que nó, y repito que en mi concepto no demuestran más que impotencia intelectual absoluta y carencia de sentido común con frecuencia. Pero ellos tienen el *derecho del pataleo* y lo ejercen porque las



—¡Demonio, pues no tiran!—¡Qué animales!
—Será que nuestro peso les agobia

potencias no les reconocen la *beligerancia literaria*, del mismo modo que *nuestros* insurrectos de Cuba y Filipinas tronaban contra las naciones porque no les declaraban beligerantes.

Yo, que soy de la generación de esos *intelectuales* y más joven que muchos de ellos, que la mayor parte casi, y que no aspiro á vivir de las letras porque no tengo talento para eso, y además... porque vivo de otra cosa que no hace al caso... (ha nacido conmigo esta afición á la literatura), veo con dolor, con desconsuelo, que entre todos esos jóvenes que protestan de los que ellos llaman *viejos* porque no les dejan el paso libre, no hay ninguno que pueda sustituirles dignamente.

Si hoy desaparecieran de pronto (que ojalá no desaparezcan en muchos años) del mundo de los vivos Campoamor, Valera, Pérez Galdós, Menéndez Pelayo, *Clarín*, Pereda, Echegaray, Emilia Pardo Bazán, y otros varios, ¿quiénes, qué escritores quedarían al frente del movimiento literario de España? Claro

que quedarían algunos, pero ¿tan buenos como aquéllos? ¿Bastan Bonafoux, Benavente, Dionisio Pérez, Martínez Ruiz, y muy pocos más que tienen talento, para ocupar el vacío enorme de los primeros?

Desgraciadamente, aun valiendo algo los citados, hay que convenir en que no valen bastante, ni son en suficiente número para ocupar los sitios de los *viejos*.

Y eso, dejando á un lado la *plaga* de que hablo anteriormente y en la cual comprendo todos los *supernacionales, inactuales, arios, aristarcos* y *super...* ridículos que parecen haber venido ahora á descubrir la... literatura.

Sí, querido Bonafoux; si toda la literatura y todo el talento de estos jóvenes *intelectuales*, consiste en lo que han escrito hasta ahora, es decir, en tener estilo de *verduleras literarias* y en el bombo mutuo, bien puede usted afirmar rotundamente, como yo lo afirmo, que no van á ninguna parte, porque les falta lo principal... el traje negro, como si dijéramos.

CARLOS RÍA-BAJA



—¡Fuera brujas, dejad que yo me monte:
es que para eso no servís vosotras.

EL BAILE DEL JUEVES LARDERO

AQUELLA noche el café Biffi rebosaba gente por todas partes. Máscaras y particulares llenaban el amplio local. Era la hora de la cena; yo estaba bebiendo un ponche, cuando se acercaron á mi mesa dos sujetos desconocidos; el mayor era hombre de unos cincuenta años, coloradote, de ojos pequeños y nariz achatada; el otro frisaría en los treinta y cinco, de aspecto noble y melancólico, parecía uno de esos románticos que Balzac-Sué y Dumas, describen en sus novelas, con gran contentamiento de las coquetas, que se esmeran en imitarles, para aumentar sus bellezas físicas y morales á los ojos del amante.

—Amigo mío, decía el de los ojos pequeños, hoy es cosa de estar alegres; dejemos de lado las tristezas. ¿Te quieres vengar? Santo y bueno. Pero, ¿no te parece oportuno esperar el domingo? A lo menos respeta la agonía del Carnaval.

—Nuestra alegría resulta trágica, suspiró el joven.

—La tuya si acaso, porque yo puedo jurarte que me he divertido muchísimo. Aquel payaso me ha hecho perder la cabeza. ¡Cuidado que es hermosa! Si yo no estuviese casado... Cuando volvamos á la platea, si la veo, voy á suplicarle que me conceda una entrevista en su casa, y si acepta, si no se opone...

—Veo que el traje blanco de una cualquiera basta para que se te suba la sangre á la cabeza.

—Bueno, añade que llevaba pantalones de raso, color lila; que tiene piés de muñeca, encarcelados en un lindo y diminuto zapatito... ¡Oh! Te aseguro que, si hubiese perdido un pie, digo, un zapato, yo lo hubiera recogido para llevarlo como reliquia, sobre mi corazón, y si á mi mujer le daba por tener celos, yo le diría, señalando el zapato: «Esto perteneció á un ángel. Tú que te vanaglorias de tener pie bonito, fíjate y avergüénzate.»

—¿Has terminado?

—A la fuerza. (Adorable payaso... te veré en el salón). ¿Se puede saber por qué razón quieres darle á la marquesa, ese disgusto de que me has hablado?

—Luego te lo diré; con la vista expresó que mi presencia le era molesta, pero su compañero, que no había reparado la indicación, insistió:

—Habla mientras estemos aquí, porque una vez en la platea, no respondo de que pueda prestarte atención.

Yo apoyé la cabeza sobre mis brazos y fingí que dormía. El joven, juzgándome en brazos de Morfeo, empezó su relación.

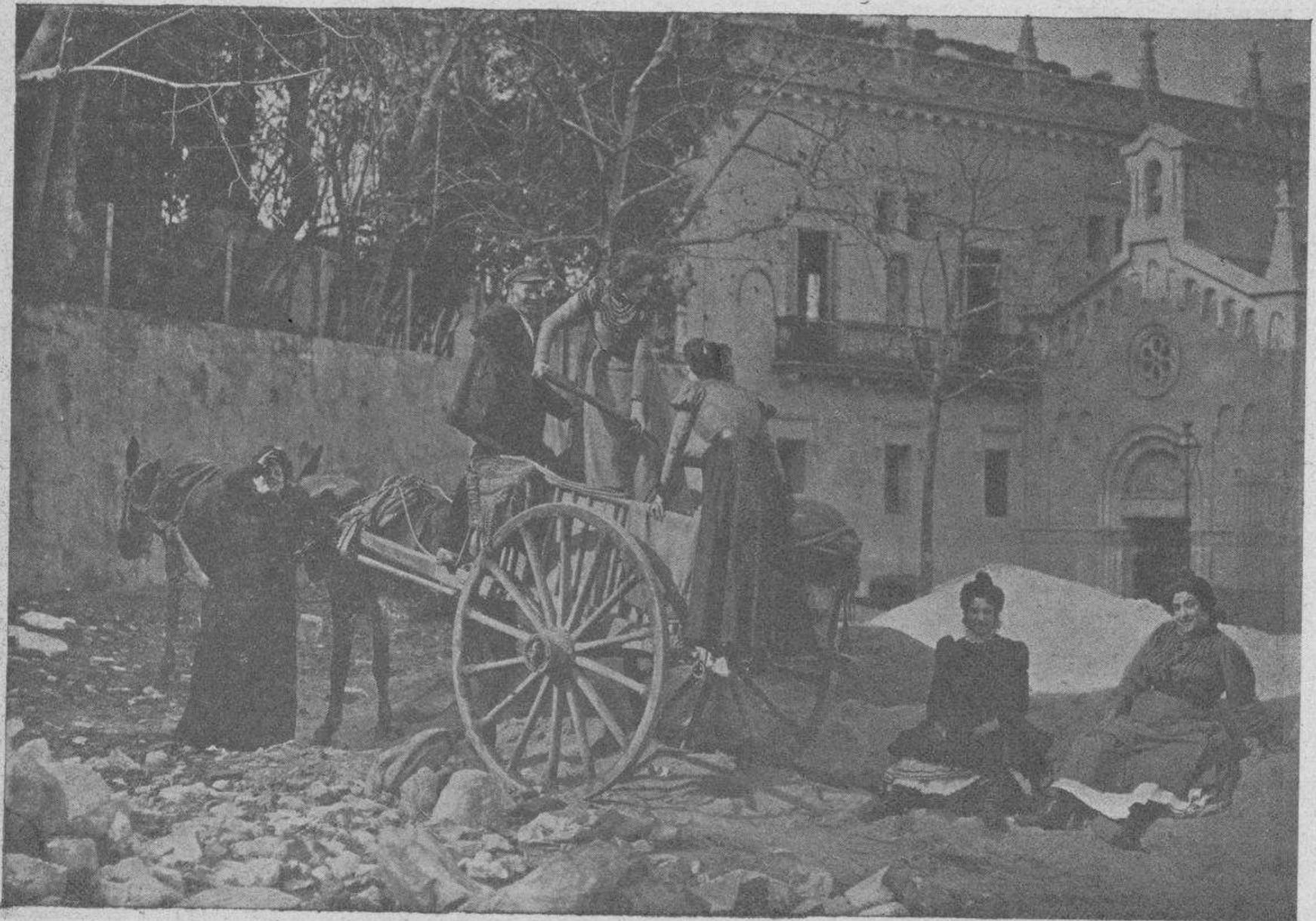
—¿Te acuerdas de aquella tarde que estábamos en casa de la marquesa? Tú me llamaste aparte y me dijiste: Arturo, te estás comprometiendo tontamente. Advierte que aun que la marquesa sea libre, puedes manchar su reputación. Con tu exagerada pasión estás en vías de ocasionarle muchos disgustos... y te aconsejo que te moderes un poco.

—¿Yo te dije eso? No me acuerdo. ¡Es una hermosa peroración! Bueno, sigue, porque no nos quedan más que veinte minutos.

—Entonces, continuó el joven, no teniendo suficientes fuerzas para dominarme y comprendiendo al mismo tiempo que la comprometía, y que mi deber era acallar las malas lenguas que ya empezaban á murmurar... decidí pedirle relaciones formales.

—Y ella no aceptó. Eso te prueba que te amaba y no quería engañarte. La marquesa prefiere cien amantes á un marido, y yo haré igual si llego á enviudar.

—Pero yo la amaba, no vivía más que para ella y empecé á enfermar de la rabia y los celos que me produjo su negativa. Pensé emprender un viaje con



Mira tú si servimos, que te hacemos las faenas mismitas que hace el hombre.



Para eso de tratar con animales,
no hay nadie que nos gane, ¡qué demontre!

el objeto de distraerme. Me disponía á partir para España...

—¡Buenas mujeres!

—Pero el mismo día que iba á emprender mi viaje, recibí un billetito perfumado... ¡Era de ella!

—Me lo figuraba.

—Me decía que fuese á verla. Debí romper el billete y despreciarla, pero no tuve valor. Tomé un coche y fui á su casa.

—Lo mismo hubiera hecho yo, y lo haré en cuanto se presente ocasión.

—Hicimos las paces. Me rogó que no le hablase de matrimonio, que fuésemos buenos amigos como antes, y me convidó á comer. ¡Qué día más feliz pasé á su lado!

—Y... ¡Adiós España!

—Así transcurrieron tres meses...

—¿Comiendo con ella?

—No, hombre... Estando en buenas relaciones amistosas. Una noche, mientras tomábamos el te, la camarera anunció al conde Montrelmo. La marquesa ordenó que se le hiciera pasar, y ¡fué ella misma á recibirle á la puerta! Entró el conde, me estrechó la mano con cierta afectación y empezó á hablar de diversas cosas, pero sobre todo de mi viaje, como si quisiera aconsejarme que lo realizase. De cuando en cuando, miraba á la marquesa. Parecía indicarle que yo le estorbaba. Dieron las doce y nos despedimos. Al llegar á la puerta de la calle, saludé al conde y fui á mi casa con el corazón lleno de amargos sentimientos. En fin, para terminar, te diré que desde aquella noche no había vuelto á ver á la dichosa marquesa. Más de diez veces fui á visitarla y siempre me fué negada. ¡Estaba con el conde! Decidí escribirle y me fué devuelta la carta, en unión de las que ante-

riormente le había dirigido. ¡Mudos testigos de mi amor y de su infamia! Quería deshacerse de mí y me dirigió cuatro líneas, en las cuales me decía: «Le aconsejo que se marche á España. Tal vez alguna andaluza podrá curarle de su pasión.» Hace un mes encontré al maldito conde; le insulté, y nos batimos. Yo recibí una ligera herida. Hoy es á ella á quien he visto. Está en un palco, con dos dominós. ¿No te has fijado? Ha tenido el atrevimiento de sostenerme la mirada.

—No te fiés, que yendo disfrazada es fácil una confusión.

—Nó, nó; es ella. Estoy seguro, y uno de los dominós es el conde.

—Vamos, Arturo. Mi payaso me espera.

—Iré á España, dijo el joven, en cuyos labios se dibujó una sonrisa amarga y convulsiva, pero antes quiero reconvenirla por el mal que me ha hecho.

—Déjate de tonterías.

Los dos amigos se fueron al salón, y aunque quise seguirles, me fué imposible, porque se perdieron entre las parejas.

**

Al día siguiente los periódicos daban cuenta de un hecho escandaloso, ocurrido en el Teatro de la Scala, durante la noche anterior. Recuerdo un suelto que decía: «Un joven perteneciente á nuestra aristocracia, atropelló ayer noche en el baile de la Scala, á una gentil señora, á quien golpeó brutalmente después de arrancarle el antifaz con que cubría su hermoso rostro.»

Gracias al periódico pude completar la historia de los desgraciados amores de Arturo, hacia una hermosa sin corazón.

ANGELO BIGNOTTI

Traducción de D. Celeste.

NOCHE DE ESTRENO

(A MI ANTIGUO Y BUEN AMIGO AGUSTÍN R. BONNAT)

PARA todo observador es sumamente curioso lo que ocurre en un teatro la noche de estreno; en el *foyer*, en la *sala* y en el *saloncillo*, son verdaderamente sabrosas las escenas y comentarios que cualquier curioso puede ver y oír.

EN EL FOYER

(Formando *corrillo*, están Sánchez, García y González, autores que no logran un éxito nunca. Los tres que son amigos de López, autor de la obra que se estrena, van con billetes regalados por él).

Sánchez.—¿Qué noticias hay de eso?

García.—Pues chico, que es una solemne majadería.

González.—¿Y cómo es que la empresa pone en escena semejante mamarracho?

García.—¡Toma!, porque López es *íntimo*

amigo de la primera tiple, y ésta que ya sabes tú (*dirigiéndose á Sánchez*) como las gasta...

Sánchez.—Lo sé (desgraciadamente).

García.—...Ha dicho á la empresa que, ó se estrenaba «La hija de su madre», ó se marchaba de la compañía.

González.—Claro, y la empresa no ha tenido más remedio que acceder y estrenarla.

Sánchez.—¡Lo que es la suerte! En cambio á mí, esa misma tiple, que por lo visto es muy caprichosa, me rechazó el *apropósito* «Entre dos», que escribí para su beneficio.

García.—¡Qué quieres! Se conoce que es *mueble* que no le gusta.

Sánchez.—Como que le dijo al empresario, que antes de hacer «Entre dos» prefería estrenar «Los Bollos», el sainete de Pérez, rechazado también por ella.



—Acaba de meter la zapatilla que viene el toro.—¡Si es papá!—¡Chiquilla!

González.—La verdad es que todo es cuestión de influencia.

(Formando grupo también, están el Vinatero, el Carbonero y el Tendero de comestibles, todos vecinos y acreedores del autor; van desde luego con billetes suyos.)

Carbonero.—Pero ¿quién ha metido al pobre del señor López en libros de caballería?...

Tendero.—Yo creo que la función no será suya.

Vinatero.—Según he oído decir á D. Manuel, ya sabéis, el empresario, la obra está plagada del francés.

Carbonero.—¿Del francés?

Vinatero.—Sí, hombre... del francés que vende *brioche*s, porque, que yo sepa, López no conoce otro.

Tendero.—Sólo por eso *ma alegraré* que *pa-teen* á «La hija de su madre».

Carbonero.—Lo principal es que resulte, para que nos pague.

DOS CONOCIDOS DEL AUTOR

Conocido 1.º.—Yo creo que esto será un éxito.

Idem 2.º.—Hombre, he visto el ensayo y la cosa lo merece.

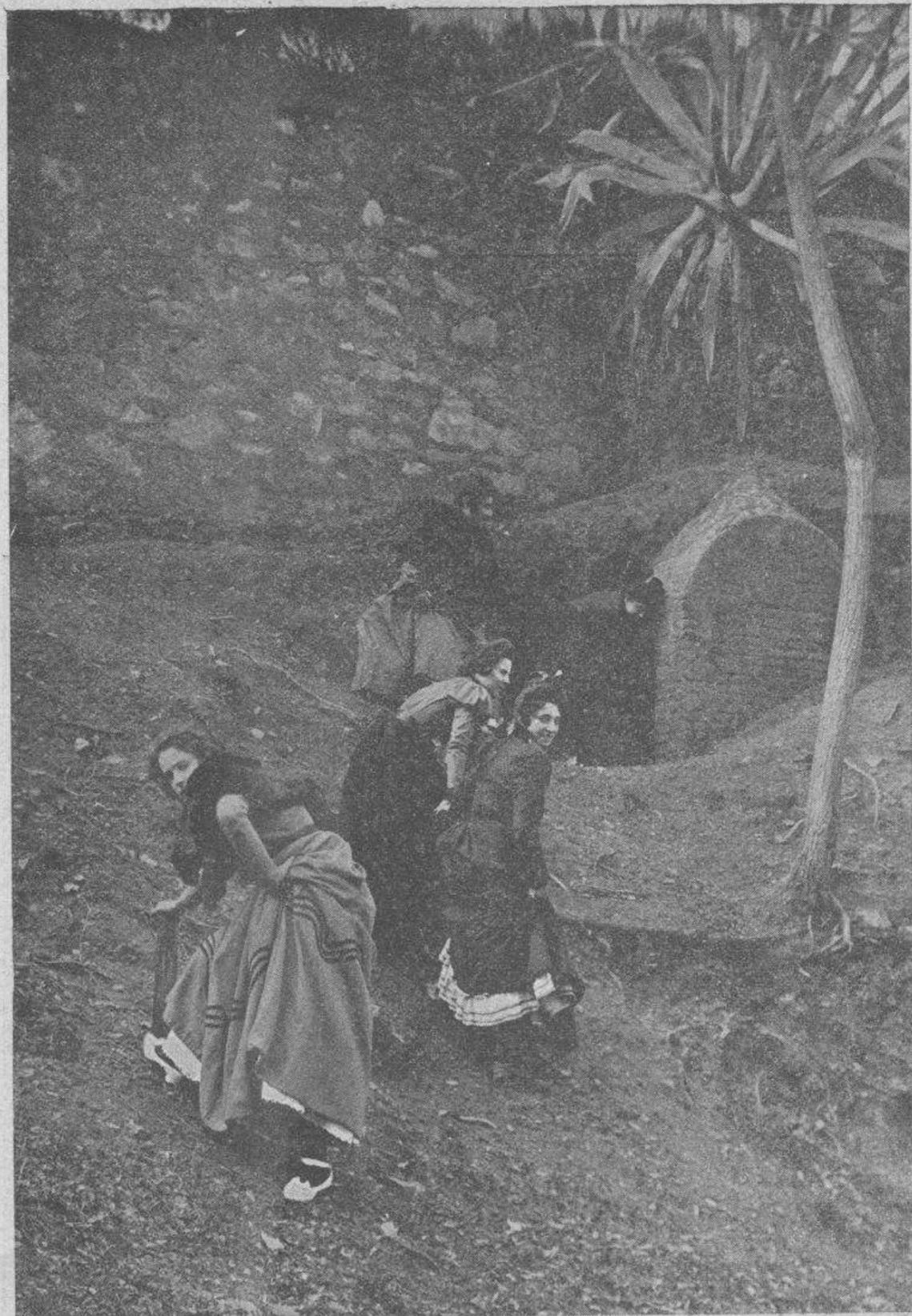
Idem 1.º.—López es un muchacho que vale.

EN LA SALA, (durante la representación)
(Hablando en alta voz)

Sánchez.—¡Parece mentira que se aplauda esto!

González.—¡Así está el teatro!

García.—¡Este es un público estúpido!



—Esta maldita peña ✱ descubre los secretos.
—No quiero yo acercarme ✱ ¡Jesús qué miedo!

Sánchez.—La otra noche, la caída mía en «La Cuneta» fué por una frase menos fuerte que esa.

González.—Pues, amigos, esto es un exitazo.

García.—Sabes lo que te digo, que «La hija de su madre» no es de López...

Sánchez.—¡Como que es incapaz de hacer hijas!

García.—En fin, por lo que pueda servirnos, debemos ir á felicitarle.

González.—Si no fuera por eso, en seguida le daba yo ni los buenos días.

Carbonero.—Yo aseguraría ahora, como D. Manuel, que esta función es del francés.

La Saeta

Tendero.—¿Por qué?

Carbonero.—¿No estás viendo que la *hija* es tan rubia como él?

Vinatero.—Lo que yo no veo son las *plagas* que dijo el empresario.

Tendero.—Estarán por dentro, como la *misa en escena*, que tampoco la veo.

Carbonero.—Ahora sí que cobramos.

Vinatero.—Iremos á darle la enhorabuena, y además le pediré un palquito para traer el domingo á la familia.

Conocido 1.º—No hay duda, este chico vale.

Idem 2.º—Es una obra preciosa, y sobre todo muy original.

Idem 1.º—Créame usted que aplaudo con verdadero entusiasmo.

Se termina la representación que ha sido un verdadero éxito y todos pasan al

SALONCILLO

García.—¡Muy bien, pero muy bien!

Sánchez.—¡Venga un abrazo! (*Si pudiera ahogarlo*).

González.—Ya sabes que siempre dije yo que tú llegarías.

García.—La *cosa* es preciosa y originalísima (de otro).

Carbonero.—¡Querido amigo D. López, que sea por muchos años!

Tendero.—¡Es una *hija* que honra á su padre! (*Yo ya le tiré lo del francés*).

Vinatero (aparte á López).—Creo que saldaremos la cuentecita, y desde luego cuento con un palquito para las funciones del domingo, si puede ser de frente mejor.

Los dos conocidos se concretan á felicitarlo de una manera sincera y nada más.

López, que es un muchacho, que gracias á su constancia y á sus méritos ha logrado salir victorioso, que no conoce á la tiple, y sí á todos *sus amigos*, sabe á qué atenerse.

Al llegar á su casa, lleno de alegría donde con impaciencia le esperan su mujer y sus hijos, exclama con mezcla de tristeza é ironía: ¡qué farsa es este mundo!

JOSÉ LLOBECA

Madrid, Febrero 1900



—¿Dormida en este tronco? Es sorprendente.
¡Despierta! ¡que si quieres! ¡imprudente!

Cuartillas sueltas

ASÍ no me he enterado cómo *ha sido eso* del Carnaval.

Según parece, una ruina.

Una verdadera mojiganga: una parodia ridícula de las Carnestolendas; una cosa que se va, que se derrumba, que muere. Momo se ha dormido, y es posible que cuando intente despertar, sea inútil. La última idea pagana que pierde su reino entre los hombres, nó en cuanto idea, pero sí en cuanto representación.

Y es lástima.

Nos hallábamos muy cómodos con ese *permiso* oficial de mentir, de ser cínicos; todos los días ejercemos igual derecho, ¡y cómo que lo ejercemos! en la intimidad, en la vida ordinaria, contra todas las leyes divinas y humanas, y así lluevan moralistas y frailes capuchinos de punta; nos cansa que nuestro carácter y nuestros vicios queden en la sombra.

Con el Carnaval salían á luz.

Hasta la careta resultaba una burla sangrienta, monstruosa; puesto que ocultábamos el rostro para conquistar un derecho que la misma bacanal otorgaba y reconocía pródiga y liberalmente, á despecho de todos los códigos, incluso la célebre constitución promulgada por las no menos célebres cuanto malogradas cortes de Cádiz.

¡Fingir! ¡engañar! ¡sentirnos libres para echar en cara á la sociedad que nos obliga á ser embusteros, á disimular nuestros vicios, su tiránica y absurda imposición! ¡Desaguar las corrientes fétidas, estancadas de nuestro ser! ¡Pasar el año por la crisis que sufre la naturaleza de las mujeres mensualmente, y no sagrada como la suya, según palabras de Michelet, sino abiertamente procaz, abiertamente cochina! Eso es un placer de dioses.

Pero de dioses malos, es decir, de hombres, idea positivamente negativa de la divinidad.

**

Cuando yo era niño decían ya los viejos que el Carnaval se marchaba con viento fresco á la farola. Está marchándose todavía, y es, en efecto, una retirada lenta, casi heroica la suya.

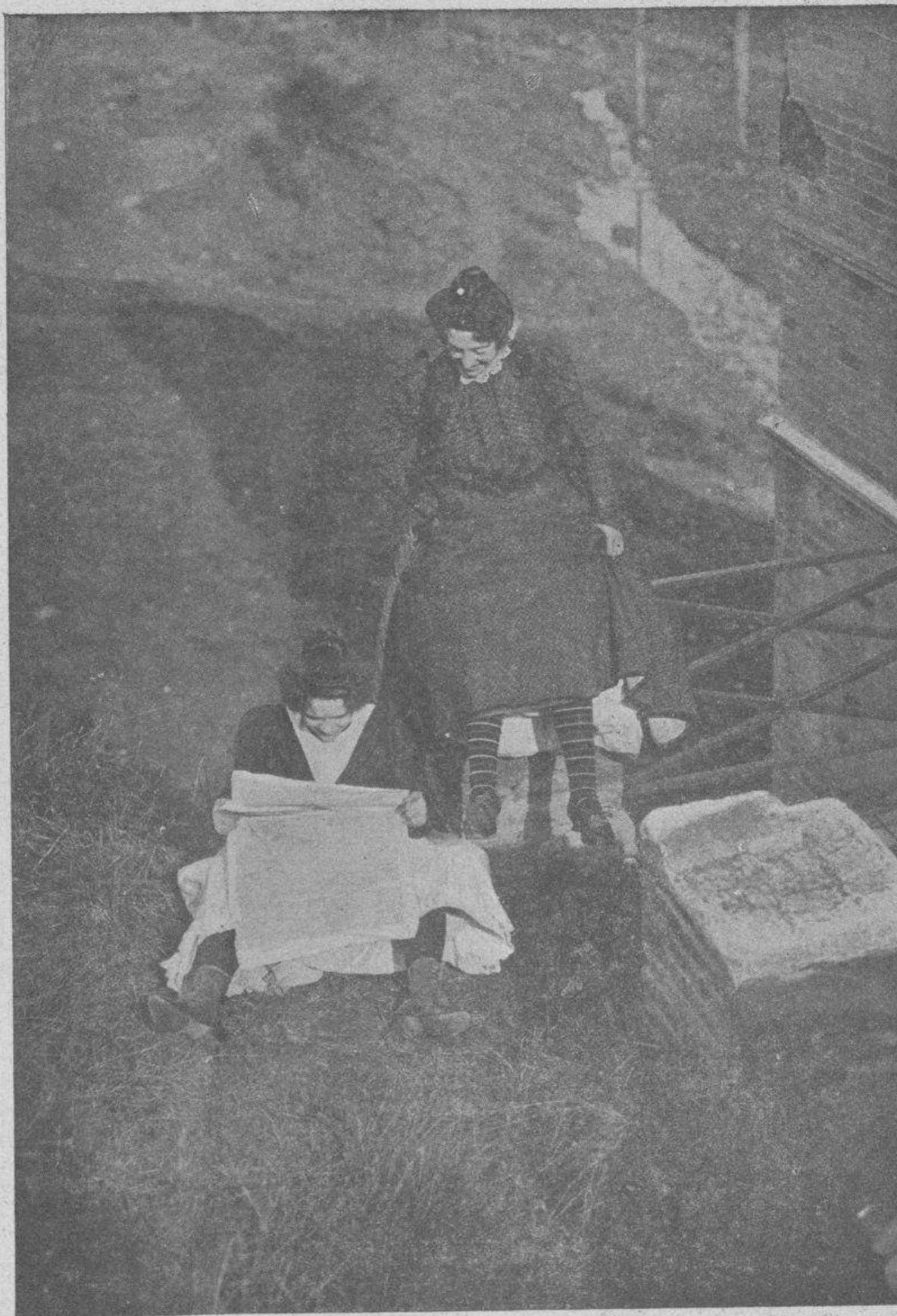
Entonces la derrota era tal, que asordaba con su estrépito; ahora ha perdido los bombos y los platillos Momo. Llega hasta nosotros el eco apagado, confuso. Es más: en este último período pasea poco menos que civilmente su disfraz por las calles.

Es todavía el Carnaval una fiesta, pero eso es una fiesta y nada más.

Hasta las máscaras y los mascarotes se han declarado francamente feministas.

En otro tiempo había gusto y humor para vestir la algarada callejera; hoy, ni lo uno ni lo otro.

Hemos degenerado visiblemente: nuestros *cómicos* no saben soltar la carcajada, no saben imponerse por la brutalidad de la costumbre.



—Escucha lo que dice: que Casado no es marido de Paca.—¡Y es casado!

CLAUDIO UGENA



Mirándose en el lago



Un escaleo atrevido

Cañitas

Abre bien tus lindos ojos,
morena de mis ensueños;
me coges dentro, los cierras,...
¡qué ataúd para mi cuerpo!...

II

Yo soy lo mismo que el yunque
en que forjan los metales;
por ti, recibo los golpes,
pero todos son en balde. .

III

Vibraciones temblorosas
que salís de mi guitarra,
notas que arranco del pecho
y que amaso con mis lágrimas,

y que amaso con mis lágrimas
añorando á mi morena;

decidla que no la olvido
y que me muero de pena...

IV

No la mimes, no la mimes.
Regando mucho á la planta
se le pudren las raíces!...

V

Tus labios posa en los míos.
¡Que no hay nada más hermoso
que encontrarse dos amigos!...

VI

Sólo pido á Dios, serrana,
que seas tú el cantarito
en que me sirvan el agua...

VII

Que pocos saben, morena,
lo mucho que vales tú.

¡Por encontrar otro Cristo
le servirías de cruz!...

VIII

A tu madre con un beso
le has liquidado una deuda.
Si siempre pagas así
en seguida te abro cuenta...

IX

Soy montoncito de arena
en la playa del querer;
y tú, en cambio, eres la ola
que me obligará á caer...

X

Un rinconcito del cielo
destina Dios á mi madre;
¡Ay qué buena profesora
les ha cabido á los ángeles!...

J. ENRIQUE DOTRES



—Aquí, aquí esos patos.— ¡Tontería!
Pues la victoria al cabo ha de ser mía.



Montmasson

OLERAU



LIBROS Y COMEDIAS

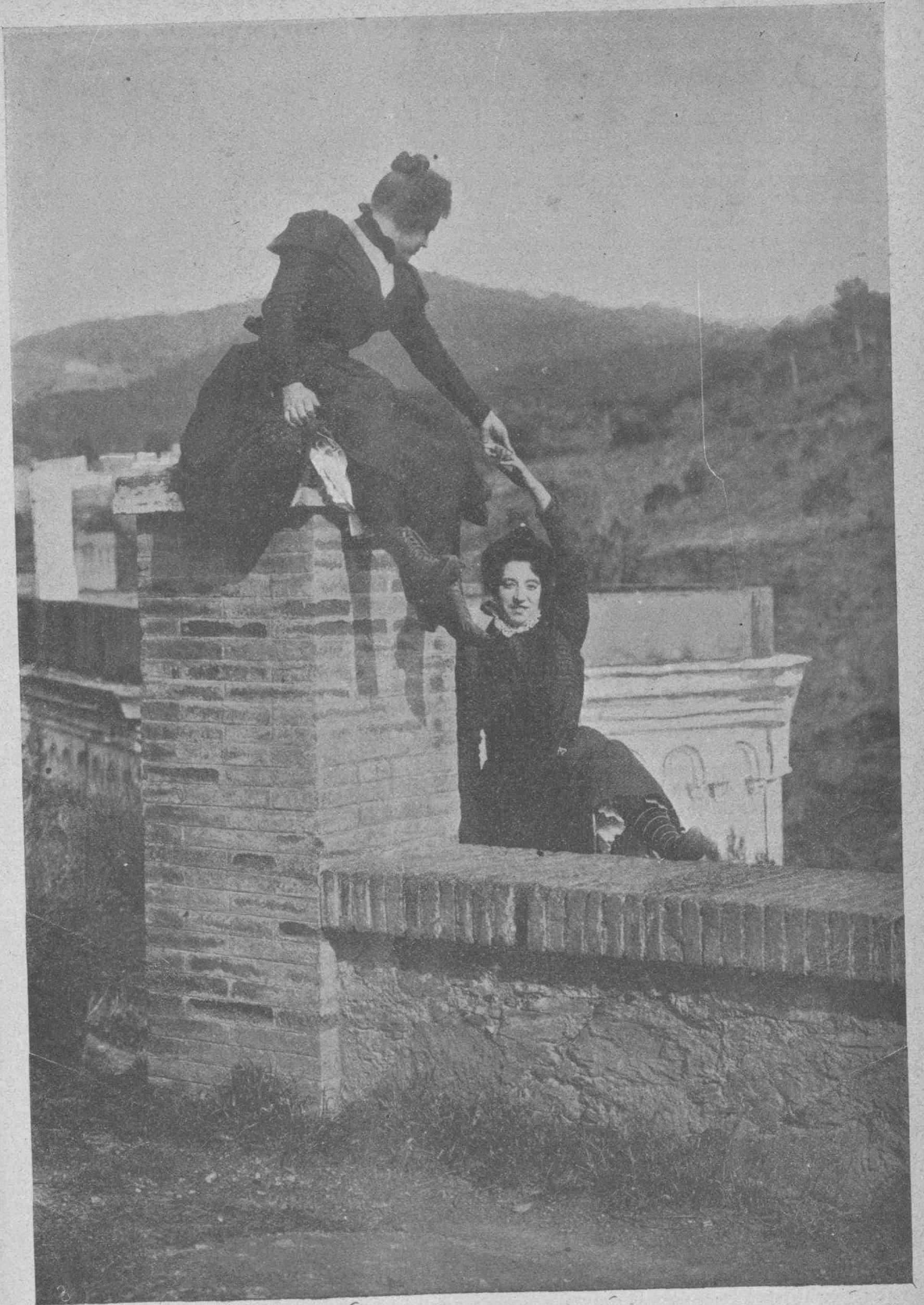
B. PÉREZ GALDÓS.—ESTUDIO.—VERGARA

III

EN punto á estilo que es donde habíamos quedado anteriormente, ocurre un fenómeno singular, y vaya esto en guisa de resumen: hay escritores elocuentes que deslumbran por la manera de construir el período y por la inspiración con que sujetan la frase á la servidumbre de la idea; y hay escritores profundos, que diciendo altas y nobles verdades, no llegan al corazón de la multitud. Unos ponen lo que piensan atendiendo más al efecto que á la causa; otros al revés, y sin acordarse para nada del auditorio. Aquéllos visten las imágenes con la industria de un *modisto*; los de más acá hablan para adentro, como si sostuvieran un coloquio consigo mismo, dando por cierto que el oyente penetra en el mundo ideal con la rapidez y con la *inteligencia* de quien perora. Expresándolo vulgarmente, hay artistas de la palabra que hablan á media voz, colocándose ellos en el lugar del público, mientras los contrarios acentúan el vocablo para que les escuchen, á gritos. ¿Cómo habla Pérez Galdós, y es lo importante aquí? ¿De este modo? ¿del otro? Ya he apuntado que nó: en ninguno de los dos sistemas que se indican tiene parecido. La *fraseología*, permítaseme, de tal escritor es tan clara y transparente, que sólo por esta virtud triunfa del escollo epistolar en la última serie de *Episodios nacionales*, y en el inaudito atrevimiento de *Incógnita*, y en el no menos peligroso de *El Abuelo*, siempre concretándonos á la novela y á sus *imposiciones* narrativas, dentro de la preceptiva española, y de la *iniciación* de nuestro público. Siendo Pereda tan grande ingenio como es, alma viva, brillante *intelecto*, fracasaría en este *traducir imaginativo*. Léanse las cartas de Valera en *Pepita Giménez*, una de las obras que más alta han puesto, y merecidamente, su reputación, y compáreselas con el Arte de Galdós, y se verá que no voy desacertado en mi juicio. Claro, Galdós no atiende sólo á la idea, sino á la *conformación* de la frase con la idea; no quiere que inmute, tronando, el concepto, sino que brilla relampagueante á la par: y como esas ideas (en los libros) no proceden de una filosofía adquirida ó pensada, sino directa y afanosamente revuelta con datos de observación, estudiados en las lecciones *tremendas* de la vida, están expresadas con talento descriptivo de que hasta ahora, en lo que yo conozco de nuestra literatura, no hallo rival.

La variedad de que hice mérito en el estudio anterior, y que está bien determinada no en cada una de las obras, sino en los diversos grupos á que éstas pertenecen, no destruyen la ley que preside á la formación del estilo; no varía el tono, pero se notan en él muy distintas y sutiles gradaciones, según los aspectos que descubre el alma del artista, los ideales de que se enamora, los instantes literarios en que se manifiesta; en una palabra, no es inconstante ni insegura la manera de decir; pocos como él, Galdós, han poseído el secreto de adoptar el habla al asunto, al cuarto de hora, al carácter que se *produce*, y á los movimientos de ánimo que lo *alteran* ó *modifican*. Para alcanzar esta virtud, ¿quién osa negarnos que es absolutamente preciso obtener un extenso dominio de la filosofía del lenguaje y de la filosofía humana; un conocimiento inmedible de los hechos, de las cosas y de los hombres en su relación constante con las ideas y su gráfica expresión, hablada, gesticulada y escrita? No he tratado nunca de esto con Galdós; pero tengo por seguro que en semejante labor literaria dispuso de todas sus energías, y empeñó sus mayores afanes, revolviendo tristezas y alborozos, y triunfando de la fiebre (que consume ó agota) con la imperiosa voluntad. ¿Cómo, con qué impulso soberano, con qué fuerzas y constancias de cíclope ha debido ahondar, en las montañas azules, hasta descubrir la veta que le proporcionase el hallazgo de la mina! ¿No es comparable el empuje de un artista así con el de un minero que cava y cava buscando el filón de oro y pedrería que ha de enriquecerle? Brevemente probaré si ha conseguido la victoria.

Las primeras obras, en que ya se inició potente su ingenio, no acusan la seguridad en la frase, corrección en el vocablo, firmeza en el signo, pristina limpidez en el período; no hay más que indicaciones de todo este arte de la palabra que aparece brillantísimo en lo último de su labor, donde llega al *ideal* (hablo del *estilo*), al más armónico juego de los puntos, dentro del largo período, para que no parezca éste cortado ni difuso, convencido de que los dichos puntos son como oficiales de una columna en formación; triunfa, además, de las comas que siendo numerosas, las que llenan las filas, ofrecen siempre el peligro de las revueltas, de los motines, que ha de vencer el general en jefe (el escritor) con severa y discreta disciplina, para que no se traduzca en sus mandatos, inconstancia, turbación, ni ligereza de espíritu. Los dos puntos, y los puntos y



—¡Miau! ¡miau! ¡marramaul!

La Saeta

comas están colocados con orden perfecto y clara inteligencia de su rango filosófico. Y no estriba, dejándonos de símiles, el mérito de saber puntuar, una vez expresada la idea, ó dictada la oración, sino en dar mentalmente á los pensamientos la fisonomía que les es peculiar, propia. Adviértase también con qué mano hábil maneja los adjetivos, los adverbios y los pronombres, otro de los escollos donde naufragan muchos de los estilistas (*pseudo estilistas*, digo yo), y que ciertamente sirven para dar *colorido* y gracejo á la dicción. Galdós no amontona los primeros; los utiliza parsimoniosamente, y aun se ve que *estira* la cláusula para emplearlos, cuando no puede prescindir de su oficio, gracias á circunloquios que parecen irremplazables.

Y llegamos con esto al extremo difícil: al diálogo; al lenguaje vulgar. Uno de los peligros más duros de vencer para los escritores modernos, grandes maestros muchos, notables en el conocimiento y manejo del idioma, consiste en dar á las expresiones tonos y dejos de conversación común y corriente. No basta con aprender el vocabulario del vulgo, que si en ocasiones ofrece giros pintorescos y frases deliciosamente bárbaras y bruscas, suele darnos en su palique gárrulo *dichos* torpes y de no sé qué abrumadora, fatigada y tediosa insulsez: hay que entregarse á un verdadero trabajo de selección, reduciendo, simplificando con arte exquisito, con singular medida, toda esa charla voluble, llana y casera; hay que coger los materiales obtenidos y echarlos en el crisol, para que el químico intelectual pueda aprovechar los elementos éticos y fónicos que convengan á la *idea* de su obra y al armazón en que se desenvuelve. No pueden los personajes hablar como se expresa el autor; pero tampoco con la prolija y desmadejada manera que la realidad acusa. Pereda ha sido el más afortunado en este estudio, aunque es cierto que la naturaleza de sus tipos no es sutil y complicada, sino desesperadamente simple, de carácter casi, casi monótono. Emilia Pardo Bazán acierta de tarde en tarde, siempre nó. Algunos otros que en círculo más reducido se mueven pudiera citar. ¿Y Pérez Galdós?

Galdós ha buscado por otros procedimientos, empleando otras fórmulas, la solución del conflicto: llega al diálogo con parsimoniosa industria; y sin desconcertar su estilo, procura que el *Hombre* hable en el escenario de la vida, según su carácter, sus sentimientos, sus sensaciones; haciendo siempre que sus palabras respondan á su potencia imaginativa y á los conflictos sociales, á los *hechos* que le agitan ó le mueven, obligándole á razonar claramente en la medida de su comprensión y... sin olvidarse nunca de los nervios, ni del aire que nos da alientos para vivir ó que pesa sobre nuestros pulmones: del medio ambiente en suma. Es, sino la más grande, una de las mayores victorias que supo conseguir.

*
**

Faltan todavía algunas consideraciones que expondré en síntesis, abstractamente, para completar este estudio: no pensaba yo hablar tanto de él, porque mi propósito se reducía al análisis de *Vergara*; con otro plan hubiérame aventurado á idear una serie extensa de artículos, que se vieran después coleccionados en libro ó folleto; los antecedentes de que no podía prescindir, mis recuerdos é impresiones, y la respetuosa veneración que guardo al novelista más ilustre (reconocido así por propios y extraños), al más genial y artista de nuestros observadores, al más humano de nuestros literatos, me lleva en esto que no es sino resumen, algo lejos de mi intención: la culpa, si culpa hay, no está en mí, puesto que he ido cortando y recortando, dirigiéndome por atajos (para que pareciera más breve y corto el camino) al término que me propuse. ¿Quién osará hablar de Galdós, sin que incurra en pecado de irreverencia, reduciendo su palique á un simple cántico de alabanzas y de elogios? Porque Galdós es no sólo el ingenio claro, vivo, no sólo el alma despierta, iluminada, grande, fecunda, como otras almas y otros ingenios que figuran en nuestra artística historia, sino la inteligencia más complicada, más extensa, más... ¿cómo lo diré, Dios mío? más *universal* de cuantas dominan en los avances de las corrientes y movimientos literarios de nuestro siglo. Considerado así, el estudio que de tal hombre se haga proporciona siempre materia inagotable, y como él es inmenso en el imaginar, indudablemente, tiene que despertar el choque de sus imaginaciones un relampagueo continuo, con breves interminencias entre la sombra y la luz.

Sí, Galdós es talento *universal*; es alma inmensa, profunda, en el orden de las ideas varia; y por ser tal no pertenece á ninguna de las que en literatura llamamos escuelas: ha pasado por todas, sin detenerse, y no como la mariposa, volublemente, pero como golondrina que fecunda el alero donde hace estación. ¡Y es que va á todas horas buscando la eterna primavera del espíritu inmortal! ¿Ha habido quién como él (en la época presente, dentro y fuera de España) tuviera fuerzas para remontarse, buscando el eterno concierto de las esferas, que determina en lo infinito la Creación? En una de esas esferas armónicas, en una sola, se ha producido Tolstoi, el gran cristiano de la estética; en otra Zola, el gran artista de la sensación, y no hablo de Ibsen y de otros que no alcanzan sino radios limitadísimos en ese tremendo círculo, inmedible para nuestra inteligencia, puesto que se pierde en la inmensidad. ¿Qué es Tolstoi? Siempre uno, dentro de su mundo, grande, inmensamente grande. ¿Qué es Zola? Invariablemente el mismo, foco de potencial inaudita, pero constante en demanda del ideal irresoluble. ¿Qué es Galdós?... No lo sé.

Galdós, lo repito, ha rozado con sus alas todas esas esferas de actividad; abarca una órbita inmensurable, desconocida aún. Considerándole en cada uno de los círculos trazados puede, no lo niego, resultar inferior á los ingenios potentes de que he hablado; pero en extensión les supera á todos: ¿quién se atreve á determinar lo que habría sido Galdós produciéndose como naturalista, pongo por ejemplo? ¿quién se atreve?

Y los círculos que traza son tales, que giran al rededor de un punto céntrico desconocido, dando vueltas con circunferencias cada vez más extensas y unidas entre sí: del romanticismo avanza al realismo; de éste retrocede sin marcar los mismos puntos de la esfera, sino extendiendo la primeramente descrita; acentúa des-



—La cogí; ¡pobrecilla!—Ten cuidado * No te apures ¿no ves que la serpiente desde nuestra madre Eva ha sido amante * amiga y auxiliar de las mujeres?

pués la nota naturalista, y decae en el idealismo, como para tomar nuevos alientos y trazar una órbita más amplia que abarque los horizontes de la idea; el impulso entonces es más potente y se lanza á través de regiones casi desconocidas, suprema aspiración de la religiosidad humana. Como su espíritu va en pos de lo ideal, y éste es el único dato positivo, parece que por desquite se enamora de asuntos y de procedimientos que están en aparente contradicción; pero no hay tal cosa: *Tristana* es una *ampliación esférica de Marianela*; *ae Gloria, Misericordia y Nazarín*; de *El Amigo Manso, El Abuelo*; de *Fortunata, los Torquemadas*... siempre marcando un avance sensible, un flujo y reflujo, un ir y venir cada vez más fuerte, más irritado y pujante.

Los últimos movimientos se pierden en lo azul: la esfera se ha ensanchado extraordinariamente; no puede el crítico marcarla, porque no se ha detenido todavía en su ímpetu inicial: se vé únicamente que sigue trazando, y perdóneseme la repetición, círculos concéntricos; de la ideología más abstrusa va al misticismo, casi romántico; de éste retrocede, y cualquiera adivina á donde puede encaminarse su genio potente profundizando en los espacios desconocidos del arte. Lo único que ahora me atrevo á decir, es que el punto céntrico de que antes hablaba, es tal, que abarca dos hemisferios, uno de sombra, otro de luz; uno humano, otro divino: del segundo nadie (posible es que ni el mismo Galdós) se aventure á establecer la existencia; del primero puede fijarse que mueve toda la *geometría* de su labor: Galdós no olvida nunca en sus producciones ese punto que mira á la tierra, á la naturaleza humana, á la realidad, ni aun en su más fuerte abstracción, cuando se abandona al ensueño; en él arrastra á la Raza; con él van todas las criaturas...

* * *

Con la segunda y tercera serie de Episodios Nacionales, ha abierto Galdós un paréntesis de provechosas y útiles consecuencias: lo uno porque completará así la pintoresca narración de nuestra historia política en su período más vivo, más agitado y violento; lo otro porque á la conclusión habrá recobrado ó ganado *energías espirituales* que le ayuden á remontarse en su obra magistral, artística y humanamente considerada.

El último libro que tengo sobre mi mesa de estudio (y conservan aun la huella de mis dedos sus hojas, tan sobadas están por la continua lectura) es VERGARA.

Naturalmente, en este episodio lo que domina es, y debe ser, el duelo entablado entre Maroto y Espartero (las dos figuras de más amplio relieve entre todas cuantas intervinieran durante la guerra civil) y el abrazo que dió remate y fin á la contienda. Los retratos de esos dos generales enemigos, están trazados de mano

La Saeta

maestra, ¿y saben ustedes cómo? puede decirse que al carbón. A Maroto se le ve más de frente todavía: Espartero, aun en lo más trágico, se nos presenta de perfil; pero no falta un rasgo, una línea, de los que ayudan á caracterizar ambos personajes. Del choque de estos dos hombres, amigos un día, puestos por una simple desviación de ideas frente á frente con las armas en la mano: igualmente guerreros; igualmente sagaces y astutos; igualmente políticos; igualmente religiosos en la disciplina y en el culto á la autoridad; igualmente compadecidos y enamorados de su patria, que pesaba en su conciencia con pesadumbre superior á la de sus Reyes; igualmente irritados contra las perfidias de las personas que simbolizaban el ídolo del combate, é igualmente dispuestos á perdonar sus errores, porque por encima de todas las miserias humanas flotaba envuelta en nimbo de luz la idea Nación: del choque de estos dos hombres, repito, surgió la parte más seria, gloriosa para las armas liberales, decisiva para el triunfo de la paz. Espartero estorbaba en la corte de Madrid y al propio tiempo se le temía; se temía á Maroto en la corte de D. Carlos y estorbaba también. Sin Maroto, que representaba el elemento liberal del carlismo, como lo representaba del isabelismo Espartero, la paz pudiera ó no pudiera sobrevenir más radical y cruentamente que como la obtuvimos, y acaso menos dispendiosa para el país, pero nunca tan humana, tan conmovedora y sencilla. El abrazo de Vergara fué un verdadero abrazo de reconciliación.

Pues todo eso que yo pongo ahora contándolo brevemente, como deducción, como resumen filosófico de hechos y de caracteres que pasaron á la historia, está vivo, *animado*, en el último episodio nacional. Es la parte que más conviene al pensamiento del autor, en cuanto intenta fijarnos por cuadros sucesivos la visión de nuestra existencia ampliada unas veces, reducida otras, según se estudien los elementos que se agrupan para constituir el edificio civil, y determinar la moral que influye, combinando leyes *fisiológicas* y *sociales*, (y conste que subrayo ambas voces) en la determinación efectiva de la idea Patria. No diré una palabra del drama social iniciado en el primer volumen, porque me llevaría á considerar la total labor de los Episodios; pero sí afirmo que históricamente el que corresponde al título de «Vergara» escapa á toda ponderación, por muchas lenguas que se congreguen para aplaudirle. De mucho atrás, yo que soy amigo de mi pueblo, venía estudiando los términos filosóficos en que se desenvuelven y luchan las distintas manifestaciones de su ser; antes que Galdós hablase de Maroto, le conocía yo: digo más, contra mis inclinaciones le conocía más que á Espartero, y estaba claramente determinado en mi conciencia, en mi espíritu, su reflejo. Amaba yo, desde niño á un Maroto desconocido, vilipendiado por su rey, carácter entero, cuando no había imaginado aún Galdós pintárnoslo, y cuando en lo más fuerte de mi protesta juvenil abominaba de todas las fórmulas tradicionales. En Vergara está así pintado el personaje, y con entera y discreta *impersonalidad*, si atendemos al influjo de la mano que traza el parecido.

Lo notable en Galdós es que no resulta prolijo en estas narraciones, y que la reducción histórica está hecha con tanto arte que no olvida en ella las humanas complicaciones. Así, en Vergara aparecen distintos seres que poco interesan al hecho histórico, y que sin embargo, por su potencia en lo que conviene al tipo humanidad, completan el drama social. A estos concede Galdós, y hace bien, mayor importancia; porque en su papel está todo el asunto palpitante de la *vida*, considerada ésta como nación.

Bien sé que algunos *revisteros* le han echado en cara su *manera* de historiar; es porque no han tenido en cuenta que el *narrador* habla como novelista, como *arífice* humano; y menos aún que escribe episodios vividos y no historiados, y en último término (aparte la verdad social) más que historiados vividos.

Mucho más podría decir de Vergara, y algo de lo que guardo en mi imaginación es interesante, pero me vería obligado á prolongar la serie de este estudio. Por hoy basta. De todas maneras, aun escribiendo un libro, tendría que establecer una pausa; cortando los vuelos de mis ideas, que se multiplican cada vez que tratan de rendir pleito homenaje al príncipe de príncipes, gloria de nuestro siglo y de nuestra nación.

J. F. Luján



CELOS

Celos tengo de todo, vida mía:
del negro rizo que en tu frente ondea,
de la luz que en tus ojos centellea,
como en los cielos el fulgor del día.

De la vaga sonrisa la alegría
que entre tus labios de carmín serpea,
de la aurora esplendente que la idea
enciende en tu abrasada fantasía.

Del aire que embalsamas con tu aliento,
del oculto y lascivo pensamiento
que la fiebre en tus venas agiganta,

y hasta celos tendré de mi acerado
magnífico puñal, cuando clavado
lo mire hasta su cruz en tu garganta.

EN REPOSO

El mar, cansado de luchar, reposa
como gigante gladiador vencido,
y la frente reclina adormecido
en el regazo de la playa hermosa.

En la verde enramada silenciosa
duerme ya el ave en el caliente nido;
brilla el astro en el éter suspendido
y brilla la luciérnaga en la rosa.

El agua apenas su cristal ondula,
y un canto errante al resbalar simula
la fresca brisa en sosegado vuelo;

duerme la tierra en paz, duerme, y en tanto
puro lá ciñe el tachonado manto
y la acaricia con su luz el cielo.

ARTURO REYES



Disputándose las caricias del amigo del hombre.

nante y de su estupidez, todo menos *suicida*, porque los que tal escriben, desgraciadamente, no se echan por la ventana, ni se pegan un tiro, ni toman una disolución de fósforos.

Otra cosa: ya ha visto usted que he copiado íntegro el soneto y sin comentarios. ¿Quién diablos se atreve á comentar *tanto disparate junto*? Lo único que le digo es que si á mí me da *tan de repente un beso* la muchacha en cuestión, ni me suicido, ni escribo el soneto; lo que hago es devolverle, como aconsejan las máximas de caridad, *ciento por uno*.

M. D. B.—*Cuyo* es un pronombre de los más quisquillosos que se albergan en la hospedería de la gramática. A lo mejor se figura uno que es *cuyo*, y resulta todo lo contrario, ó sea del otro. O lo que es lo mismo, ni es pronombre, ni *cuyo*, ni Cristo que lo fundó. Usted lo emplea seis veces en el artículo, y ni una sola vez pasa: podemos decir refiriéndonos al escrito totalmente considerado, «*cuya* es la barbaridad» hablando de usted; porque sí, es bien *cuya*, ó sea le pertenece á usted en redondo.

O. M. R.—Dice usted en la carta: «yo, señor director, soy un melón...»

Dios le conserve á usted siempre tan claro y sereno juicio.

Manitas.—Ahí va la respuesta en verso:

«No alborotes, Manitas, el cotarro;
no te pongas los dedos en la boca;
no te tragues el humo del cigarro,
y á la cuñada no la llames loca,
y procura Manitas ¡*qué perdices!*
no hurgarte, cuando escribas, las narices.»

He empleado, Manitas, los mismos consonantes que tú, para probarte que si á ripios vamos, los versos se escriben con suma facilidad, ¡caracoles!, y aun con la ventaja de dar, como te los doy, consejos sabios y útiles.

V. O. de G.—Sí, señor; me parecen *inmejorables*, y

los publicaré. ¿Sabe usted lo que me parece mal? Su desconfianza.

Thomas.—No lo extrañe usted: ¡hay cada guasón en correos!

R. M. P.—Se me figura que se queja en tonto. Se le contestó en el número 469 á unos versos que empiezan,

«Era una estancia *lóbrega*, donde...»

y que, en efecto, no tienen desperdicio.

Bicicleta.—Romance:

«Este es el sombrero de copa
que gasté en mis mocedades...»

¡Camará! Seguro que ya no queda de tal sombrero ni la hechura... ni la pelusilla. Le debe pasar lo que al morrión de Sagasta.

N. C.—Escriba.—O. O. R.—T. J. V.—P. E. de H.—Solo —Y. A.—Pericles.—P. P.—Los trabajos que me envían no pueden publicarse.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las Influencias del FRÍO, del SOL, ó del alre del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1.º á 5.º.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)



La
Sirena



20 cénts.

Núm. 486

